

Del dolor al Pavor, vicisitudes de un ataque de pánico

Es un lugar común recibir hoy día en las consultas una de las formas de lo que llamamos padecimientos actuales, que en definitiva no son sino formas sintomáticas de expresión de una angustia indecible. Las antiguas históricas de Freud solían poner las angustias en el cuerpo al modo de una versión, que si bien muda en palabras, daban mucho a leer acerca del conflicto psíquico que las afectaba. Es decir eran mudas pero no tanto, ya que el cuerpo actuaba al modo de un espejo que mostraba en la imagen afectada lo que no se podía dar a leer en las palabras. Era el caso de las parálisis, las cegueras, afonías y otras postraciones que si bien callaban, daban a leer en el dolor que el síntoma generaba, un cierto intento por poner alguna palabra a la angustia que las desbordaba.

Al contrario, las neurosis actuales se caracterizan por ser emblemáticos representantes de la mudez, de expresiones sintomáticas que insisten y se caracterizan por una imposibilidad de decir o dar trazas de la huella del conflicto que se encuentra a la base de los síntomas.

De este modo son síntomas que ponemos en el cuerpo en lugar de poner en palabras. Silencian el verdadero origen de los síntomas y sólo se expresan, en un intento vano, situándolo en algún lugar del cuerpo. De ese modo el dolor habla por ellos, se conduelen, padecen el dolor en el cuerpo, que siendo este del alma sólo da cuenta de ella por el sufrimiento. Podemos decir de este modo, que el cuerpo habla en el dolor mientras el alma silencia el sufrimiento. Y del alma, de eso sabemos, sólo podemos dar cuenta por un acto de habla. La terapia, especialmente desde el psicoanálisis es como la definía la primera paciente de Freud, la célebre Anna O. o Berta Pappenheim (ya que la práctica de resguardar la intimidad le es propia y consustancial a su práctica), la cura por la palabra.

De este modo, los pacientes recurren desbordados por la angustia a los consultorios en un intento por restituir en ellos la palabra que pueda expresar un sufrimiento que el dolor del órgano o del cuerpo no sabe decir. Es así como el Cólon irritable podrá devenir en un discurso acerca de la ira contenida, una úlcera perforada será de ese modo el intento orgánico por dar salida a un particular conflicto que se impone en silenciar, una acidez estomacal y su halitosis concomitante talvez enmascaran algo que probablemente no tenga “buen olor”.

Son expresiones sintomáticas sin versiones de sus síntomas, a diferencia de las bellas históricas de Freud que a pesar de poner en el cuerpo los conflictos lo hacían al modo de una con versión, es decir con la traza de una cierta versión posible.

Son expresiones actuales de nuestra cultura donde el valor de la fugacidad de la imagen ha opacado al peso y el valor de la palabra. Ha hecho de la palabra un mal sustituto de la imagen. El sujeto moderno quiere ver para ver, ni siquiera para creer ya que aún el lugar de la verdad ha quedado como residuo subsidiario de la seducción por la imagen.

Voyeurismo que omite hablar de sus síntomas y los instala en el borde pavoroso de la angustia. De esta manera cuando la imagen ya tampoco alcanza sobreviene el pavor de la muerte. Son los ataques de pánico de hoy día, donde en ausencia de palabras el dolor no nos alcanza y por ello convocamos al pavor de la muerte. En el ataque de pánico se silencia la palabra, se elude el dolor y se instala el pavor como el síntoma que comanda una de las formas actuales de una angustia indecible.

De eso nos podemos curar en las consultas de los analistas. Lugar donde el pavor a veces, en el mejor de los casos habla.

